

PANDEMIA, POLÍTICA Y EDUCACIÓN SUPERIOR

Un análisis necesario en tiempos de convulsión que demandan acción

Desde el momento en que escribí “Es tiempo de vivir”, el 6 de marzo de 2020, al culminar la que fuera mi última intervención en la Mesa Nacional de Diálogo con el Gobierno de Iván Duque Márquez e igualmente con motivo de mi renuncia irrevocable a los distintos espacios de participación, como líder gremial y representante de profesores, ha transcurrido exactamente un mes, lapso durante el cual he guardado total hermetismo salvo algunos comentarios en WhatsApp con mis amigos más cercanos.

Dije a muchos que me alejaría totalmente de los escenarios de discusión política sobre el devenir del país y que especialmente me abstendría de comentario alguno sobre el acontecer universitario del orden nacional o institucional. Hoy confieso que pudo más la “presión” de una realidad tozuda y desbordante, que bien *podría hacer hablar hasta a los muertos* (y lo digo obviamente en lenguaje figurado y acudiendo al recurso de la hipérbole).

Hoy, en medio del confinamiento denominado “aislamiento obligatorio”, me siento precisamente **OBLIGADO -por mis convicciones-** a expresar pensamiento sobre lo que está sucediendo en el país y de manera particular en la Universidad de Caldas. Pido entonces licencia para extenderme en análisis y reflexiones que no pueden hacerse en pocas palabras. Advierto una vez más -a los que pretenden ingenuamente encontrar textos medianamente serios en mensajes cortos- que no es posible hallar en breves amasijos de palabras una reflexión seria y consistente sobre asunto alguno que depare atención juiciosa. Así es pues que les invito a predisponerse para efectuar una lectura más extensa de lo acostumbrado. Menos mal los tiempos de cuarentena ayudan a algunos.

SOBRE LA PANDEMIA

Sólo los expertos en temas de salud, de manera especial los epidemiólogos e infectólogos, están en condición de manifestarse públicamente para hacer análisis y emitir recomendaciones al respecto. Lo que no está vedado es aquello que puede verse y comentarse desde el prisma de la política y sobre ello debo decir en primer lugar que, en varios países y en unos más que en otros, las decisiones de los gobernantes han sido vergonzosamente erráticas (Italia, España, EEUU, Brasil, México, Ecuador). En otros, además de la adopción tardía de medidas, se ha hecho visible el efecto perverso de la infamia asociada con la corrupción. Los memes que circulan en las redes, especialmente aquellos que muestran personal de la salud mostrando sus manos arriba con el dedo medio (“del corazón”) levantado hasta donde su longitud les da, expresan con imágenes lo que resulta irónico cuando se les llama “héroes” por parte de un elevado número de hipócritas, los mismos que a través de su indolencia como ciudadanos, o con su clara actitud venal como políticos, gobernantes y legisladores, les sumieron en la más profunda crisis del sector (la ley 100 es sólo un ejemplo de la multiplicidad de normas que en Colombia dejaron a la voracidad de los corruptos e intermediarios el “negocio” de la salud, produciendo de paso una estela de precariedad para los trabajadores del sector y para los pacientes).

El “encierro” producido por la crisis sanitaria ha puesto a muchos a pensar en que el mundo no volverá a ser el mismo después de superada la coyuntura crítica. **Malas noticias** les tengo desde mi perspectiva escéptica arraigada en el realismo político: **Nada de fondo va a cambiar**, a menos que los ciudadanos decentes logremos dar un vuelco a la forma y práctica de la inveterada política que se ha diseñado desde institucionalidades extractivas (unos cuantos se apoderan de lo que es de todos ante la mirada impávida o cómplice de las mayorías). Sobre este asunto Jorge Mario Bergoglio dijo algo muy contundente en su ritual Urbi et Orbi de la semana pasada: **“Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un**

mundo enfermo... La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas". Y aseguro con firmeza que esas agendas no van a cambiar en lo sustancial, a menos que hagamos algo. Por lo pronto seguiremos en el marco de las tesis lampedusianas o gatopardistas, los poderosos harán esfuerzo por "cambiar todo para que nada cambie". En otras palabras, habrá maquillamientos o tratamientos cosméticos para lo que de fondo -y desde lo más profundo de su esencia- exige transformaciones estructurales. ¡Cómo recuerdo ahora las tesis del viejo Marx!, vilipendiado por muchos, pero rescatado una y otra vez por economistas heterodoxos que reconocen bastante solidez científica en sus elaboraciones teóricas.

SOBRE LA POLÍTICA DETRÁS DEL COVID-19

Muchas hipótesis sobre conspiraciones se han tejido. Acciones del Club Bilderberg; laboratorios de EEUU asentados en el corazón de la China para generar y esparcir el arma biológica con el fin de recuperar el status como potencia económica de la nación norteamericana; estrategias de la OTAN para preparar teatros de guerra ante eventual agresión de Rusia y China juntos ("*Defender Europe 2020*") y un etcétera importante se ha creado a propósito de la pandemia. Por lo pronto me quedo con algo más realista y universal condensado en el Editorial del Washington Post: "***O muere el capitalismo salvaje o muere la civilización humana***", en el cual el editorialista expresa que no es comunista y que se considera un demócrata con ideas republicanas. En el escrito recuerda pasajes de la obra de Adam Smith "*Teoría de los sentimientos morales*", en la cual el economista y filósofo escocés hace una crítica a la avaricia humana. También recuerda que en 2009 Barak Obama incluyó dentro de su discurso a una nación en bancarrota -en medio de la recesión mundial producida por los banqueros en 2008- lo siguiente: "*Pero esta crisis nos ha recordado que, sin un ojo atento, el mercado puede salirse de control; y que un país no puede prosperar durante mucho tiempo cuando solo favorece a los que ya son prósperos*". La reflexión dejó en claro que el mercado y quienes lo lideran no cuentan con sentimientos morales y mucho menos empatía por la humanidad. También hace referencia a que Italia dejó que su sistema de salud expirara en manos del capital privado convirtiendo la salud en una mercancía, igual que aconteció en España. Trump, según el mismo editorialista, destruyó en tan solo cien días el sistema de salud que había dejado su antecesor (esto me recuerda la mención que hace Tony Judt en su libro "Algo va mal", respecto a los diques que habían construido nuestros antecesores y que nosotros tiramos por el piso en los últimos treinta años). Continúa el Washington Post diciendo que la pandemia corrió el velo al modelo económico del planeta y está dejando ver la forma en que Estados poderosos como EEUU enfrentan una situación dramática que ha echado por el suelo su bolsa de valores; igualmente ahora se dejan ver naciones que fingían ser ricas, como Italia y España, enfrentando una estigmatización de ser las más pobres del "barrio europeo" que, literalmente, como dice el editorial respecto a sus habitantes -pero diría yo ante todo en relación con sus gobernantes- "*...no tenían ni donde caer muertos*". Se menciona también la frase de Einstein quien decía "***Locura es hacer lo mismo una y otra vez, esperando obtener resultados diferentes***". Nada más claro que esto, repetido una y otra vez en temas de educación superior. Destaco lo que en el epílogo dice el prestigioso diario estadounidense: "*Yo no puedo defender este statu quo que privatiza el agua, la salud, la educación, el viento, el sol; Derechos humanos universales que se han convertido en mercancías, que se encuentran solo al alcance de una minoría rapaz, voraz e insaciable; mientras las grandes mayorías invisibles solo son visibles en los procesos electorales disfrazados de Democracia*". Sin comentarios adicionales.

Cierro este apartado compartiendo lo que muchos analistas políticos dicen. Si en momentos de guerra son los Generales troperos los que deben ir en la primera línea de acción por ser ellos los más preparados para esos menesteres, que sea en tiempos de pandemia el personal científico de la salud el que tome las riendas de la política nacional para controlar la situación. No estoy diciendo que se deponga a los gobernantes, pero sí insisto en que deben cumplir un papel humilde de dirección discreta, permitiendo la asesoría de los expertos y ante todo deponiendo sus afanes de protagonismo. Trump y Bolsonaro han dado ejemplo, con creces, de lo que no se debe hacer. **La soberbia siempre genera desenlaces indeseables**. Y es inocultable la potencia y el

profundo alcance de una frase que a propósito de lo que vivimos se le adjudica al intelectual Noam Chomsky **“No volveremos a la normalidad. La normalidad era el problema”**. Creo firmemente en que el encuadramiento colectivo debe dar paso a otro tipo de relatos en los que la confianza, la compasión y la cooperación reemplacen la desconfianza, la indolencia y el egoísmo.

SOBRE LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN MEDIO DEL MAREMÁGNUM

He aquí el contenido más dicente de mi escrito. En medio de la confusión he leído buena cantidad de análisis y reflexiones de colegas de mi institución, de profesores de otras universidades del país y, por supuesto, de docentes de otras latitudes que tratan de plasmar sus preocupaciones acompañadas de serios y profundos análisis sobre lo confusión que nos embarga. Declaro que muchas de esas elaboraciones me inspiran para referirme a lo que pasa. Advierto adicionalmente que mi postura crítica se encuentra imbuida del talante que muchos me conocen y, quizás, del sesgo que es propio de mentalidades inconformes, pero ante todo de modos de pensamiento que defienden la expresión libre de las ideas como base y garantía de regímenes democráticos. Ha sido parte del hilo conductor de mi pensamiento la lucha constante por mantener coherencia entre pensamiento y acción, una congruencia ligada a la defensa de los bienes públicos en el marco de la moral y de la ética.

En mis conversaciones de WhatsApp he manifestado que me parece **una gran ingenuidad, o candidez infinita, pensar que podemos mantener medianamente “normal” el funcionamiento de la academia (la Universidad “abierta y funcionando” dicen muchos, igual que lo decían en tiempos de movilizaciones como las de 2018)**. Así haya capacitación a docentes y donaciones de equipos usados a estudiantes, eso no es posible en términos reales. Lo primero es que los alumnos se matricularon a programas presenciales por múltiples razones que no les condujeron, desde el principio, a ingresar a programas virtuales o, en el mejor de los casos, a programas ofrecidos a distancia o de manera no presencial.

Dentro de mi formación avanzada cuento con una Especialización en Educación a Distancia y tengo muy claro que una cosa es que la educación presencial se apoye en herramientas telemáticas o en dispositivos, mediaciones o herramientas de las tecnologías de la información y las comunicaciones y, otra bien distinta es que se pretenda artificiosamente forzar un cambio, de la noche a la mañana, de una educación con modalidad o metodología presencial a una de carácter virtual o a distancia. No engañemos a los estudiantes ni nos engañemos nosotros. Guardadas proporciones es como si yo pagase por un “servicio” de gimnasio, con “entrenadores” personales especializados en diferentes disciplinas para acondicionar mi cuerpo, para que guíen mi proceso de mejoramiento físico de la manera más idónea, todos ellos asistidos del mayor y mejor conocimiento sobre la materia, evitando lesiones o daños a mi anatomía gracias a que puedo contar con la orientación necesaria y directa y, de pronto, de un momento a otro, ante una contingencia como la que atravesamos, me dijese que en adelante y hasta nueva orden deberé “entrenarme solo” a través de medios telemáticos con “instructores” esporádicamente conectados a través de una plataforma y ayudados con videos de YouTube para que todo se haga en casa. Me sentiría abiertamente estafado o, en el mejor de los casos, engañado y maltratado con abuso de confianza.

Sobre el particular asunto he pensado, desde el comienzo, pese a contar con experiencia acumulada en programas virtuales y a distancia, que en el caso de la Universidad de Caldas **DEBEMOS SUSPENDER EL PERIODO ACADÉMICO QUE ESTÁ PRÓXIMO A INICIAR Y RETOMAR EL PROCESO FORMATIVO CUANDO TODO HAYA VUELTO A SU CAUCE, O POR LO MENOS CUANDO LAS CIRCUNSTANCIAS PERMITAN OTRAS CONDICIONES PARA LA ENSEÑANZA Y EL APRENDIZAJE.**

¿Cuántas veces en la historia de la universidad colombiana hemos “parado” para invertir tiempo en las reivindicaciones asociadas con financiamiento decente? ¿Se han puesto a sumar los días durante los cuales hemos hecho parte de múltiples movilizaciones internas, pero también de orden nacional en los últimos años?

¿Han notado que dichas movilizaciones se han producido por distintos motivos, por demás legítimos, que de lejos son incomparables con lo que nos exigen los tiempos actuales en los que **TODO** está en juego?

Además de considerar una locura, una irracionalidad y un irrespeto enorme por parte del gobierno y los rectores retomar clases en estos momentos y hasta el 30 de mayo en principio, creo que estamos ante un descomunal acto de irresponsabilidad con la pretensión de forzar acciones tan sensibles como la virtualización en los procesos formativos de profesiones y disciplinas. ¿Dónde está la capacidad instalada de profesores y estudiantes, sus recursos y capacitación oportuna? Sé que se ha decidido destinar algún tiempo para ello pero de fondo no encuentro nada distinto a una enorme improvisación. No olviden que en la institución contamos con **avezados improvisadores que dicen cosas como: “Intentémoslo a ver cómo nos va. Nada se pierde. De paso actualizamos equipos”, y a ello suman el pináculo de la improvisación expresando: “En el camino arreglamos las cargas”**. Señores, de manera categórica digo que la Universidad de Caldas ni siquiera cuenta con “cargas” para arreglar en el camino. No olviden que el obsoleto servidor con que se cuenta se “recalienta” con cierta periodicidad y ni siquiera se garantizan plenamente unas elecciones por medio electrónico. Pregunten a las secretarías de distintas dependencias por la potencia y velocidad del internet a ver qué respuestas obtienen. Yo por lo pronto puedo decirles que los jefes de sistemas de la institución se cansaron de rogar a los administrativos de turno y al Consejo Superior que nos pusiéramos serios y fortaleciésemos con la conectividad requerida, el cableado indispensable y las demás condiciones necesarias a la universidad para prestar un servicio decente. Nunca se logró. Sólo paños de agua tibia para una enfermedad crónica.

Con el afán de contextualizar y describir con aferramiento a la realidad lo que estamos enfrentando, transcribo a continuación lo que un colega educador físico me compartió hace poco (y como él muchos tienen historias parecidas o más lamentables):

“Tengo para decirles mis amigos que hoy primero de abril del 2020 hay estudiantes del programa que no tienen ni un portátil ni PC de mesa, nada, solo con sus celulares. Hay uno que le hago la asesoría y debe hacerse en el patio de la casa donde coge la señal de Wi fi del vecino que le dio pesar y le facilitó la clave. Varios de ellos han heredado el portátil de un familiar que ya tiene obsolescencia, que debe conectarse siempre porque ya murieron las baterías y los cables hasta los deben pisar con el mismo portátil para que les dé carga. Se los juro que NO estoy exagerando y he tenido dificultades. Esos son dos casos de seis practicantes que tengo. La otra dificultad radica en el nivel de capacidad de ellos para manejar los aspectos académicos del Google drive, pues ha tocado, desde la base, capacitarlos...”

Otro colega profesor de la universidad, formado como médico, compartió lo siguiente al ser preguntado por su posición respecto a lo que sucede:

“La U de Caldas ya tiene el calendario alterado. En las actuales circunstancias todos estamos sometidos a estrés permanente y muchos de nuestros estudiantes, de bajos recursos, la están pasando peor. No tenemos experiencia en enseñanza virtual y para muchos estudiantes el acceso a conectividad será un problema. Las cosas así, por qué no parar este esfuerzo de 2 años de ponernos al día, que nos tiene desgastados a todos, y reiniciar actividades en julio, cuando la curva del contagio ya haya bajado. No debe haber problema con los contratos de los ocasionales, porque en esta crisis el gobierno exige NO desvincular a nadie, y nos ponemos al día en cosas que hemos ido aplazando por recuperar semanas perdidas. Además, no es extraño que la universidad esté inactiva dos meses, ha ocurrido por muchas contingencias, por qué no hacerlo por una PANDEMIA, que está obligando a todo el mundo a reorganizar su vida y su pensamiento. Cuando una de las alternativas cercanas es la muerte, empeñarse en arañar unas semanas me parece ridículo.”

En un documento que me llegó recientemente se puede leer lo siguiente que proviene de *La Bagatela*, con la autoría de Mario Mendoza.

“De un día para otro, los docentes, sin ninguna ayuda, han tenido la capacidad divina de crear de la nada y en esa suerte de “creatio ex nihilo”, de la que hasta ahora Dios tenía la exclusiva, han montado todo un sistema de educación a distancia para seguir prestando sus servicios desde casa. ¿Materiales? Su ordenador particular, privado y personal; y su internet, pagado de su bolsillo. ¿Espacios? El salón de su casa que vuelve pública la

intimidad de su hogar. ¿Derechos de autor? Cedidos, imagen, textos, tareas... ¿Formación? La propia investigando contrarreloj. ¿Apoyo de las consejerías? Anecdótico. ¿Vigilancia? Toda. ¿Exigencias? Absolutas. La escuela en el salón de casa no termina nunca. ¿Un millón de correos que atender? ¿A quién le importa? Para eso cobran. Pero nadie les aplaudirá, casi nadie dará las gracias, y pocos reconocerán su labor. De hecho habrá padres y madres que se quejarán porque reciben casi a diario notificaciones sobre el progreso, o no, de sus hijos o porque tienen que echarles una mano con sus deberes. Los profesores están trabajando, de hecho han multiplicado por mucho sus horas de trabajo, pues ahora aclaran las dudas uno a uno, corrigen y evalúan las tareas una a una... Yo aplaudo a los docentes, y no solo a ellos, también a otros muchos que en estos días de crisis se exponen para prestarnos todo tipo de servicios. Pero aquí, ahora, hablo de educación. Yo aplaudo a los docentes con todas mis fuerzas, pero más que aplausos, necesitan (necesitamos) devolver la educación al lugar que le corresponde”.

No es posible crear a partir de la nada. Devolver la educación al lugar que le corresponde, bien sea en los espacios de la básica y media, o bien sea en la universidad, exige otro tipo de actitud frente a la vida, frente al mundo y frente a la sociedad. Pero en la Universidad de Caldas se dice que habrá preparación para el profesorado, que igual se hará con los estudiantes... **¡Simple bagatela!** Una bagatela que sin duda será desbordada por la verdad monda y lironda, aplastante. Aquella realidad que muchos, a pesar de conocerla de cerca -porque de allá viene la mayoría del profesorado en Latinoamérica- de haberla vivido unos más que otros desde las carencias, desde las limitaciones y dificultades para educarse, de la escasez de recursos para vivir el día a día- quieren negarla como tantos otros que han negado realidades en este país. Los “negacionistas” están de moda.

Por favor, la prioridad ahora es la supervivencia de muchos, cuidar unos de los otros, acudir a la cooperación y a la solidaridad fundante que sólo el sentido de lo humano puede lograr. No es momento de preocupaciones demenciales por iniciar y terminar periodos académicos. Para ello habrá tiempo. Gran cantidad de personas están sufriendo por su manutención en el día a día. Sé de profesionales que están padeciendo situaciones propias de los denominados “pobres vergonzantes” o “pobres ocultos”, porque vivían del quehacer diario y ese quehacer se esfumó como por arte de birlibirloque. Son ellos ahora personas invisibilizadas en medio de la crisis, pertenecen a los estratos 3, 4 y 5 que tienen algunos bienes pero no cuentan con los ingresos suficientes para suplir sus necesidades. No son empleados contratados a término indefinido con la necesaria estabilidad laboral. **¡Por Dios!, entendamos además que en Colombia la proporción de ocupados informales está por el orden del 47.7%** según el DANE para el trimestre noviembre de 2019 enero de 2020. Hemos visto representantes de asociaciones o colegios de odontólogos clamando por sus colegas que no tienen qué comer y padecen las inclemencias de la situación junto a sus familias. Cuántos más que sin ser profesionales sufren desde el silencio más profundo y desde la soledad infinita el abandono estatal y los efectos de la pandemia. Pero qué tal será la realidad de vendedores ambulantes, jornaleros, lustrabotas, empleados de bares y restaurantes, personal del servicio doméstico que trabajaban por horas, obreros de la construcción, conductores de taxis y busetas, trabajadoras y trabajadores sexuales, peluqueros, manicuristas y tantos otros seres humanos que en el día a día conseguían con qué sostenerse a sí mismos y a sus familias. ¿Acaso no tenemos idea de la economía del “rebusque”? **El desempleo lleva consigo marginalidad y exclusión ¿En qué país creemos que estamos? ¿Creen acaso que nuestros estudiantes tuvieron la suerte de pertenecer a los estratos superiores de la clasificación? ¡Aterricemos!**

Como profesor Asociado de la Universidad de Manizales, vinculado desde hace catorce años a dicha institución, debo decir también que pese a su larga trayectoria en educación virtual y a distancia, no obstante contar con un poderoso Centro de Educación a Distancia CEDUM, dotado de todos los soportes tecnológicos y humanos para asistir al profesorado y a los estudiantes con monitores y personal de apoyo para los procesos formativos, a pesar de tener la primera Maestría virtual acreditada en alta calidad en Colombia, léanlo bien... hoy también presentan dificultades con la oferta virtual que antes era presencial en pregrado. Soy testigo de excepción porque tengo estudiantes de Derecho en la jornada nocturna que se han quejado de la sobrecarga de actividades, de las dificultades personales para la conexión en los momentos de la clase, de tener que

atender el teletrabajo, a sus familias y a la vez responder por una ingente cantidad de labores académicas. Su salud mental, dicen algunos de ellos, debe ser objeto de atención por los riesgos sicosociales derivados de la situación. Un estudiante en particular dijo en plena clase, a propósito de mi llamado fraterno a cuidarnos entre todos y no salir de casa si no era estrictamente necesario, que **“decirlo es muy fácil profe”**. Al darle espacio para su desahogo, manifestó que es de aquellos que no puede quedarse en casa en virtud de su trabajo que, en esencia, le permite conseguir en el día a día lo que necesita para él, su mujer y su hijo. Otra estudiante madre cabeza de familia se pronunció en términos similares. Y en clase de la semana anterior (martes en la noche) otro más de los alumnos expresó que hacía tiempo había cancelado el servicio de internet en su vivienda porque no le alcanzaba para pagarlo, y que había tenido mucha dificultad para conseguir datos en su celular y poder atender a la clase virtual. No digo más. Suficientes testimonios. Podría extender este escrito hasta donde quisiese con los incontables casos que se convierten en verdaderos dramas humanos, casos reales que están detrás de las pantallas de un computador (y eso para referir a los que tienen la posibilidad de conectarse). El síndrome de Burnout no solo puede afectar a los estudiantes, los profesores también somos vulnerables debido a que la carga de trabajo se duplica. La experiencia que tengo por más de siete años en programas virtuales me da la autoridad para decirlo.

Dentro de los veinticinco años de experiencia docente en la Universidad de Caldas me he encontrado con multiplicidad de casos, incontables quizás, de estudiantes que llegan al salón de clases con serias dificultades producto de su vulnerable condición. Los cerca de 700 almuerzos que tradicionalmente se vienen suministrando como auxilio de alimentación son tan solo una muestra de la condición socio económica de nuestra población estudiantil. Los estratos 1 y 2 son los más elevados en proporción de matriculados en la universidad. Quien no lo sepa, es bueno que se entere que cerca del 86% es la proporción de estudiantes de estratos 1, 2 y 3 en la Universidad de Caldas. Una institución realmente “popular” desde la perspectiva de ingresos de quienes aquí llegan a estudiar. Gran cantidad de alumnos buscaban algo de dinero como empleados transitorios en bares y restaurantes. De ellos muchos han llegado a mis cursos de las siete de la mañana agotados por este tipo de actividades, con signos de trasnochos prolongados por trabajar en los conocidos call center y otra cantidad de casuísticas conmovedoras. Invito a que escuchen testimonios de Directores de Programa que están más cerca del estudiantado que nosotros. ¿Creen acaso que la composición de los estudiantes de la Universidad de Caldas es de estratos 4, 5 y 6? Les llamo comedidamente a revisar nuestra historia.

Los que quieren ensayar la virtualidad en esta coyuntura para aprovechar y superar obsolescencias de equipos deberían pensar en que lo mínimo requerido es un ejercicio de justicia. La justicia social (Francis Dubet) exige repensar los parámetros de la distribución (Aristóteles) y la redistribución (Stiglitz, Piketty) en procura de producir un bienestar básico para todos. Es innegable el cúmulo de desigualdades que campea en Colombia. Si la Universidad de Caldas no está en condiciones de garantizar a todos el acceso real y efectivo a “educación virtualizada”, con las capacitaciones y soportes necesarios, bajo el entendido que muchos no llegarán a las “aulas virtuales” por física necesidad de rebuscarse o contribuir al rebusque de sus familias para sostenerse, entonces de lo que estamos hablando es de una inconmensurable irracionalidad e injusticia en la acción. A ello se suma la actitud negligente e inhumana al dejar de pensar en la salud física de estudiantes y profesores frente al Covid-19, igual que se deja de lado la salud mental que se requiere para atender procesos formativos. La pretensión tampoco puede ser que la condición sine qua non para iniciar educación virtual sea tener satisfechas plenamente todas y cada una de las necesidades básicas y complementarias de quienes acceden a dicha forma de educarse; pero tampoco el objetivo de “no perder tiempo o recursos” puede lograrse desconociendo hechos concretos, reales y objetivos que bien podrían ser parte de una investigación aplicada para conocer en qué situación se hallan nuestros estudiantes y sus familias.

Alguien me preguntó de manera precisa en estos días lo siguiente: **¿Y entonces cuál debe ser el rol de la Universidad pública en estos momentos?** He aquí mi respuesta:

La Universidad tiene que ser todo para nuestros estudiantes, para sus familias y para la comunidad entera en este momento histórico de la humanidad. La Universidad pública es de las pocas instituciones en las que todavía se deposita confianza. Esto que hoy padecemos no puede estar en manos solamente de los políticos para encontrar salidas. La Universidad tiene que ser el faro que guíe en tiempos de tinieblas. La masa crítica de científicos, investigadores, académicos y analistas sociales tienen la obligación moral de contribuir a encontrar salidas a tan dramática situación que tiene en vilo la vida misma. Hoy más que nunca se hace necesario un alto en el camino. **Basta ya de insensateces que solo piensan en cómo justificar el gasto y mantener abierta la institución a toda costa.** Ese es el lenguaje del *establichment* en el cual solo creen los incautos o los estúpidos. **Es la Universidad pública la llamada, por su naturaleza, a iluminar el camino en este trance de oscuridad y desconcierto. Pero eso no se logra haciendo lo mismo de siempre.**

Invito a actuar ya. Administrativos, directivos, docentes, egresados, empleados y trabajadores en compañía de estudiantes que puedan hacerlo, estamos en la obligación moral de echar una mano a los más vulnerables y afectados. Que la Universidad de Caldas sea recordada por su despliegue en asistencia humanitaria. “Para avanzar”, en solidaridad y compasión, es un imperativo categórico durante el tiempo que sea necesario, uno, dos o tres meses, inclusive un semestre si fuere menester, esto no significa nada en comparación con lo que podemos lograr por los demás.

La función misional no se traduce solo en docencia. La proyección universitaria puede ponerse en marcha en este instante. En lugar de pensar en ofertas permanentes o continuas, no importa el eufemismo que se use, deberíamos estar pensando y actuando en función de un despliegue permanente y continuo de todas nuestras capacidades para aportar a la solución efectiva de la problemática que nos aqueja y que nos está amenazando como especie. **La crisis social, el desempleo y el hambre deben darnos alguna señal para actuar. No podemos seguir preocupados en relación con la clase, perdiendo el tiempo en asuntos asociados con la tecnología a utilizar para conectarnos con los estudiantes en momentos en los cuales la conexión debe ser de otra índole. Conexión humana y solidaria** con quienes son nuestra razón de ser, nuestros alumnos. La pobreza multidimensional es padecida también por muchos colombianos, ellos nos necesitan.

Que sea esta una oportunidad para **conectar la Universidad con la vida, con la humanidad.** Propongo organizar brigadas para detectar, focalizar y atender a los más vulnerables, empezando por nuestros estudiantes y sus familias. Planes padrino o de adopción de una familia por el periodo de la crisis pueden ser alternativas. **Nos estamos demorando.** Por el valor de lo que se puede lograr bien podrían otorgarse de manera simbólica títulos de Maestría o Doctorado en solidaridad, compasión y humanidad a quienes se apliquen a fondo por los demás. La proyección universitaria debe privilegiarse ahora y ponerse a prueba. Para ello puede ser de utilidad la teoría de restricciones de Goldratt (“*el sistema puede ser tan fuerte como su eslabón más débil*”), estamos ante un cuello de botella que demanda acción conjunta. **Dejemos de hacer lo que no hay que hacer.**

Juan Carlos Yepes Ocampo

Profesor

Manizales, 6 de abril de 2020